

Apareció un individuo largo y desgachado, que subió al pescante con aire de resignación. Se había puesto una sábana por encima de sus viejos atavíos, que lo tapaba de pies a cabeza, y en la mano llevaba una guadaña, que dejó a su lado para coger las riendas.

-El es quien nos conduce cuando alquilamos una carreta -explicó Humphrey-. No suele volcar. Y además, con el traje que lleva, aunque haga viento o llueva, no se le estropean los harapos.

-Me da un poco de miedo -murmuró el pequeño.

-No hay motivo. Cuando sale a escena le pintan la cara de blanco para que impresione más a la gente. Hace el papel de la Muerte, que se lleva a un hombre rico, en una antigua farsa que representamos de vez en cuando antes de la obra. Tuchstone hace de diablo, con una cola muy larga. El otro, el alto y blanco, desempeña también al fantasma de un rey de Dinamarca asesinado. Pero ésa es una obra que no podemos representar en Copenhague.

Arreciaba la lluvia. Todos se hacinaron en el interior del vehículo. Aliena, que se sentó al lado de su prima, molestaba a ésta comiendo un diente de ajo. Rosalinda apoyó la cabeza en las rodillas de Orlando, que la había tapado con una punta de su vieja manta. El niño tenía hambre y se decía que tal vez hubiera debido comerse dos buñuelos. Pero le gustaba pensar que aún le quedaban cuatro centavos para repartir con Humphrey. Dos parejas de cazadores del séquito del duque, vestidos de verde y camuflados con hojas, continuaban una partida de «tarot» en el rincón. Tuchstone, con la cabeza baja, canturreaba una balada lúgubre. Por los cristales mal lavados veíanse campos y prados con vacas, lo que gustó mucho a Lazare, ya que el niño hasta entonces casi no había salido de la ciudad. Los árboles, remozados por la primavera, desplegaban su fresco verdor. Seguí lloviendo a rachas, pero las nubes que corrían una detrás de otra parecían estar jugando en el cielo, y había grandes claros azules. Seguramente, para la representación en el parque, tendrían buen tiempo.

Mas el camino se hacía largo. Los vaivenes del coche mecían al niño, que empezaba a acostumbrarse a ellos. Todo se mezclaba con aquella somnolencia: el tamborileo de la lluvia en el techo (caían gotas de agua sobre la manta), los gritos de Lazare cuando Humphrey, a pesar de todo el cuidado que ponía, le tiraba del pelo al desenredarlo; la balada del payaso el aliento de Aubrey, las figuras del «tarot», casi incomprensibles, y Copenhague, que parecía estar cerquísima, justo al volver el camino, y a través de los cristales del coche, por donde resbalaba la lluvia, los hermosos retazos de cielo azul, y las golosinas que el mayordomo del señor Bréderode habría reservado seguramente para los actores, y la linda falda con añadidos de plata...

Carta a un joven que se propone abrazar la carrera del arte

Roberto Louis Stevenson

Con la seductora franqueza de la juventud me plantea un asunto de alguna importancia para usted y (cabe pensarlo) de cierta trascendencia para la humanidad: ¿Ha de convertirse o no en artista? Es algo que usted debe decidir por sí mismo; todo lo que puedo hacer es llamar su atención sobre algunos aspectos que debe tener en cuenta; comenzaré, pues (y es probable que igual termine), asegurándole que todo depende de la vocación.

Saber lo que se quiere es el comienzo de la sabiduría y de la madurez. La juventud es absolutamente experimental. La esencia y el encanto de esa inquieta y deliciosa época es la ignorancia de uno mismo y de la vida. Estas dos incógnitas las aúna el joven una y otra vez, ya en el abrazo amargo, ya en el roce ligero; con un placer exquisito o con un dolor agudo; jamás con indiferencia (la cual le es absolutamente ajena), ni con ese sentimiento hermano de la indiferencia, la aceptación. Si se trata de un joven sensible o de uno fácilmente excitante, el interés de los experimentos excederá con mucho los placeres que de ellos pueda derivar. Aunque pueda creerlo, no es la verdad la que ama, ni el placer lo que busca; su propósito y recompensa serán verificar su propia existencia y saborear la variedad del destino humano. Para él, antes de que la cuchilla de la curiosidad se adormezca, todo lo que no es vida y búsqueda apremiante de experiencias ofrece una imagen árida que difícilmente evocará en épocas posteriores, y en caso de que hubiese alguna excepción -y el destino juega aquí su papel- se tratará de aquellos momentos en que, cansado o estragado de la actividad primaria de los sentidos, revive en la memoria la imagen de las penas y los placeres pasados. De esta suerte, se aparta de las profesiones rutinarias y se inclina insensiblemente hacia la carrera del arte que consiste solamente en saborear y recordar la experiencia.

Esto, que no es tanto vocación por el arte cuanto impaciencia hacia las otras profesiones honradas, frecuentemente se presenta aislado; y siendo así, se va borrando sin asperezas en el curso de los años. Enfáticamente no debe considerársela como una vocación, pues no es una vocación, sólo una tentación; y cuando, hace días, desaprobó su padre, en forma tan violenta y (en mi opinión) con tanta razón su ambición, no es demasiado improbable que estuviera recordando un pasaje similar de su propia experiencia. Pues la tentación es tan común como rara la vocación. Además tenemos vocaciones imperfectas. Tenemos hombres cuyas mentes, están ligadas, no tanto a un arte en particular, como al ars artium, base común de toda labor creativa; hombres que ahora se entregan a la pintura, luego al contrapunto y que pronto se ocuparán en escribir un soneto; todo lo cual realizan con igual interés y a menudo con genuino conocimiento, y de estos temperamentos, cuando sobresalen, me resulta difícil hablar. A alguien así le aconsejaría dedicarse a las letras, pues en literatura (cuya red es tan vasta) toda esta información puede hacerse útil, y si continúa en forma semejante a como ha comenzado, y se convierte al cabo en crítico, estará ya en posesión de las herramientas necesarias. Llegamos, por último, a las vocaciones que son a la vez decisivas y precisas; al hombre que lleva en las venas el amor de los pigmentos, la pasión por el dibujo, el talento para la música o el impulso de crear mediante palabras, de igual modo que otros (o acaso los mismos), nacen con el amor por la raza, el mar, los caballos o el torno. Estos son los predestinados; si un hombre ama su oficio, independientemente de cualquier consideración respecto a la fama o el éxito, los dioses lo han escogido. Puede poseer también una vocación más general: sentir gusto por todas las artes, y creo que a menudo así sucede; pero la marca de su llamado se halla en esa laboriosa parcialidad por una de ellas, en el inextinguible entusiasmo por los logros técnicos, y (quizás esto sea lo más importante) en la candorosa actitud con que acomete su insignificante empresa con una gravedad que envidiaría quien cuidara de un imperio, y en el considerar valiosos el tiempo y la diligencia invertida para alcanzar las menores destrezas. El libro, la estatua la sonata, deben

realizarse con la insensata buena fe y el incansable espíritu de los niños que juegan. ¿Merece la pena? Cuando el artista se hace esta pregunta, la respuesta negativa está implícita en ella. No le sucede así al niño que juega a ser un pirata en el sofá de la sala, ni al cazador que persigue su presa; y el candor del uno y el ardor del otro deben fundirse en el corazón del artista.

Si reconoce en usted algunas de estas decisivas inclinaciones, no hay lugar a la vacilación: sométase a ellas; y observe (pues no deseo desalentarlo demasiado) que la disposición normalmente no se presenta tan clara al comienzo, o al menos no de modo constante. El hábito y la práctica afilan el talento; la necesidad de adquirir herramientas se hace menos desagradable, y llega incluso con el paso de los años a ser bienvenida; una inclinación moderada (si es genuina) se convierte en una pasión exclusiva. Por ahora será suficiente si al volver la vista en un intervalo razonable de tiempo, ve que el arte escogido significa ahora un poco más de lo que significara entre los multitudinarios intereses de la juventud. Con un poco de devoción, el tiempo hará el resto; pronto, cada pensamiento engrosará la ocupación amada.

Pero aún con devoción, usted me recordará, aún con perseverancia en la actividad, miles de artistas consumen su vida, si consideramos los resultados, totalmente en vano: miles de artistas y ni siquiera una obra de arte. Tenga en cuenta que la vasta masa de la humanidad es incapaz de hacer algo relativamente bien, y entre otras cosas, arte. El artista inútil seguramente no sería un panadero completamente incompetente; y el artista, incluso si no divierte al público, se divierte a sí mismo; de modo que siempre habrá un hombre que es ahora más feliz gracias a sus vigiliadas. Este es el lado práctico del arte: la inexpugnable fortaleza para el ejercitante sincero. Las retribuciones directas (los salarios del oficio) son exiguas, pero los indirectos (los salarios de la vida) son incalculables. Ningún otro oficio ofrece al hombre su pan de cada día en términos tan espléndidos. El soldado y el explorador tienen momentos de mayor excitación, pero a costa de duras penalidades y de período de tedio que hacen enmudecer. En la vida del artista no tiene por qué haber horas en las que no se experimente un deleite. Tomo como ejemplo el autor con cuya carrera estoy más familiarizado: es cierto que trabaja con un material rebelde, y que el arte de la escritura pone a prueba los ojos y el temperamento; pero obsérvese en su estudio, cuando los temas bullen en su mente y las palabras no escasean: ¡En qué continua serie de pequeños éxitos pasa su tiempo! ¡Con qué sentimiento de poder (como si de mover montañas se tratara) agrupa a sus personajes menores! ¡Con qué placer, tanto de la vista como del oído, ve crecer la etérea construcción sobre la página! ¡Y cómo trabaja en un oficio hacia el cual la materia misma de su vida es tributaria, un oficio que abre puertas a todos sus gustos, sus amores, sus odios, sus convicciones, de modo que lo que escribe es sólo lo que ansiaba expresar! Es posible que haya gozado con muchas cosas en este enorme y trágico escenario del mundo; ¿pero, qué habrá gozado más plenamente que una mañana de trabajo exitoso? Supongamos que está pésimamente remunerado: lo que asombra es que se lo remunere. Otros hombres pagan, y con largueza, por placeres menos deseables.

Pero el ejercicio del arte no sólo reporta placer. Trae consigo, además, una admirable disciplina; pues el trabajo del artista se basa en el honor. El público sabe poco o ignora completamente esos méritos en busca de los cuales usted está condenado a invertir la mayor parte de sus esfuerzos. Méritos de concepción, de vigor, o un cierto logro fácil que un hombre de temperamento artístico alcanza fácilmente, son los que el público reconoce y valora. Pero hacia aquellos más exquisitos refinamientos de destreza y matiz que el artista tan ardientemente desea y tan agudamente siente, por los que (en las vigorosas palabras de Balzac) lucha como un minero sepultado en un derrumbe, por los que, día tras día, recompone, revisa y rechaza, la gran masa del público está completamente ciega. A estas penalidades ignoradas, en el caso de que se logren las más altas cimas. Probablemente la posteridad hará justicia. A la sombra de este pensamiento helado, solo en su estudio, el artista debe día a día ser fiel a su ideal. Es esta la fidelidad que ennoblece su vida; es debido a ella que templada y madura su carácter, gracias a ella que la adusta presencia del gran emperador se tomó (siquiera por un momento) condescendiente hacia los seguidores de Apolo, y aquella voz enérgica pidió al artista que festejara su arte.

Llegados a este punto conviene hacer dos advertencias. Primera, si usted desea continuar siendo su propio juez, debe estar atento a las primeras señales de pereza. Este idealismo, esta honestidad sólo puede sustentarse mediante un esfuerzo perpetuo; el nivel de exigencia se rebaja con facilidad; el artista que dice "así está bien", ya está en el sendero erróneo. Tres o cuatro éxitos mediocres son suficientes a veces (sobretudo en épocas difíciles) para falsificar un talento, y la práctica del periodismo puede inclinar a un hombre a no exigirse demasiado. Éste, pues, es uno de los peligros. No son menores los peligros del otro lado. La conciencia de hasta qué punto el artista es (y debe ser) juez de sí mismo, corrompe los cerebros mediocres. Sensible a méritos recónditos de difícil consecución, formulando o asimilando fórmulas artísticas, o enamorándose tal vez de alguna habilidad particular, muchos artistas olvidan el propósito de todo arte: agradar. Es sin duda tentador renegar del burgués ignorante; sin embargo, no debe olvidarse que es él quien nos paga, y (es evidente) por servicios que desea ver realizados. También aquí, si se lo considera apropiadamente, se plantea un aspecto de trascendental honestidad. Dar al público lo que no quiere, y no obstante esperar sus aplausos; nos hallamos pues ante una extraña pretensión y no demasiado rara, sobre todo entre los pintores. El primer deber de un hombre en este mundo es ser capaz de mantenerse. Cuando ya esto se ha logrado, tiene derecho a hundirse en las excentricidades que desee; pero, debe enfatizarse, no antes. Hasta entonces debe cortejar al burgués que lleva la bolsa; y si en el curso de tales capitulaciones el artista falsifica su talento, es evidente que no se trataba de uno fuerte, pues ha perseverado en él algo más fuerte que el talento, el carácter. Y si su mente es tan independiente que no puede doblegarse ante esta necesidad, aún tiene otra salida: puede desistir del arte y seguir un estilo de vida más viril.

Al hablar de un modo de vida más viril, llego a un punto en el que debo ser más franco. Vivir a expensas de un placer no es una vocación muy alta; aunque de forma velada, implica un patronazgo, sitúa al artista (no importa lo ambicioso que sea) en igual rango que las bailarinas y los jugadores de billar. Los franceses entienden la evasión romántica como una ocupación y llaman a quienes la practican "Hijas de la Alegría". El artista pertenece a esta familia, él es el Hijo de la Alegría; ha escogido su oficio para deleitarse, gana su sustento divirtiendo a otros, se ha desprendido de algo que constituye la más severa dignidad del hombre. Los periódicos hace poco denigraban el título nobiliario de Tennyson; y este Hijo de la Alegría fue acusado de condescender y seguir el ejemplo de Lord Lawrence, Lord Cairns y Lord Clyde. La inspiración del poeta fue mayor; con mayor modestia aceptó el honor; y los anónimos periodistas (si he de creerles) no han tenido en cuenta el ultraje a su profesión. Cuando les llegue su turno, estos caballeros podrán hacerse mayor justicia a sí mismos, me alegraré al saberlo, pues a mis bárbaros ojos incluso Lord Tennyson aparece un poco fuera de lugar en semejante asamblea. No debería haber honores para el artista. El tiene ya su recompensa en el ejercicio de su arte, mayor por lo demás de lo que en vida le corresponde; antes que el arte, otros oficios, menos agradables y quizás más útiles, tienen mayor derecho a los honores.

Pero la maldición de este oficio de agradar es el fracaso. En ocupaciones ordinarias, un hombre se ofrece para hacer algo, producir cierto artículo de un modo convencional, en fin, un proyecto en el que (casi podemos afirmar) es difícil fracasar. El artista en cambio se aparta de la multitud y se propone deleitar; proyecto imprudente, pues el fracaso estará rodeado siempre de odiosas circunstancias. La infeliz Hija de la Alegría, que pasea sus galas y su sonrisa, y que sin embargo pasa desapercibida entre la multitud, presenta una imagen que no podemos evocar sin un sentimiento de lacerante compasión. Ella es el prototipo del artista fracasado. Igual que ella, el actor, el bailarín, el cantante deben mostrarse en público y apurar personalmente la copa del fracaso. Y aunque todos los demás escapemos a la suprema amargura de la picota, en esencia todos cortejamos igual humillación. Todos nos comprometemos a ser capaces de continuar agradando. Pero a cada cual, incluso al más admirado, le llega el día en que el ardor decline y la astucia se pierda, y que, avergonzado, se siente ante la barraca vacía. Entonces se verá obligado a hacer algún trabajo, y se sonrojará al cobrarlo. Entonces (como si su pérdida no fuera ya suficientemente cruel) deberá

exponerse a las burlas de los comentaristas de la prensa, que ganan su amargo pan execrando la basura que no han leído, y alabando las excelencias de lo que no pueden entender.

Adviértase que éste parece ser el fin inevitable de los escritores. Les Blancs et Les Bleus (por ejemplo) reúne méritos de orden muy diferente de los de le Vicomte de Bragelonne; y si existe algún caballero que sea capaz de espiar la desnudez de Castle Dangerous, su nombre, me parece, es Ham: no sin derramar lágrimas, nos basta leer sobre él en las páginas de Lockhart. Así, en la vejez, cuando el bienestar y el oficio son más necesarios, el escritor debe abandonar a la vez su pasatiempo y su medio de vida. Sin duda el pintor que ha logrado retener la atención del público, gana grandes sumas y puede permanecer junto a su caballete hasta una edad avanzada sin que fracase de modo muy ignominioso. El escritor tiene el doble infortunio de estar mal pagado mientras puede trabajar, y de no poder trabajar cuando envejece. Se trata, pues, de un estilo de vida que conduce directamente a una situación falsa.

Pero el escritor (pese a los notorios ejemplos en sentido contrario) debe procurar estar mal pagado. Tennyson y Montepin ganaron salarios espléndidos, pero todos no podemos esperar ser Tennyson, y tal vez no todos deseamos ser Montepin. Si usted decide que su oficio sea un arte, renuncie a cualquier ambición económica. Todo lo más que puede, honestamente esperar, si posee mucho talento y disciplina, es tener iguales ingresos que un oficinista que invierte la décima parte de su energía nerviosa. No tiene usted derecho a exigir más: en los salarios de la vida, no en los del oficio, está su recompensa. El trabajo es aquí el salario. Es claro que no me inspiran simpatía los vulgares lamentos de los artistas. Tal vez no han reparado en lo que obtiene de la aparcería un trabajador del campo, ¿piensan que no puede establecerse en paralelo? Tal vez jamás han reparado en lo que constituye la pensión de un oficial de campo. ¿Suponen que su contribución al arte de agrandar es más importante que la contribución de un coronel? Acaso olvidan lo poco con lo que Millet se contentó ¿O piensan que por poseer menos talento, están eximidos de mostrar iguales virtudes? Sobre un punto es claro que no puede existir duda: si un hombre no es frugal nada tiene que hacer en el campo del arte. Si no es frugal, sus pasos lo conducirán hacia el trágico final del Vieux Saltimbanque, si no es frugal, le resultara muy difícil continuar siendo honesto. Algún día, cuando el carnicero toque a su puerta, estará tentado, o tal vez se vea obligado, a vender una obra desaliñada. Si esta necesidad no ha surgido de su propia desidia, no hay por qué condenarlo; pues no hay palabras con las cuales expresar hasta qué punto es más necesario para un hombre mantener a su familia que conseguir (o preservar) alguna distinción en el arte. Pero si esta presión es debida a sus propias faltas, roba, roba a quien puso confianza en él, roba (lo que es peor) de forma tal que ninguna ley puede castigarlo.

Y ahora tal vez usted me pregunte: si el artista principiante no debe pensar en dinero, y si (como se infiere) no debe esperar honores del estado, ¿puede al menos esperar las delicias de la popularidad? La alabanza, me dirá, es un plato codiciable. Si de lo que usted habla es de la acogida de los otros artistas, ha puesto usted el dedo en uno de los más esenciales y duraderos placeres de la carrera del arte. Pero si tiene su vista puesta en los favores del público o en las reseñas de los periódicos, esté seguro de que acaricia un sueño. Es cierto que en algunos periódicos esotéricos el autor (por ejemplo) es regularmente criticado, y que a menudo se lo alaba mucho más de los que merece, a veces por damas y caballeros que se han negado el privilegio de leer sus trabajos. Pero si un hombre es sensible a estas alabanzas desproporcionadas, debemos suponerlo igualmente sensible a aquello que a menudo las acompaña e inevitablemente las sigue: el ridículo. Un hombre puede haber triunfado durante años, y continuar triunfando, pero los críticos pueden cansarse de alabarlo, o puede haber surgido un nuevo ídolo del instante, alguna "figura de reumbrón", a quien ahora prefieren ofrecer sacrificio. He aquí el anverso y el reverso de esta vacía y fea cosa llamada popularidad. ¿Creerá algún hombre que vale la pena merecerla?

Actividades generales para "Un mundo Feliz", de Aldous Huxley. Estrategia integradora

- I. Lee atentamente el texto.
- II. Identifica en el relato los aspectos relacionados con las variables:
SOCIEDAD, HISTORIA, ECONOMÍA, RELIGIÓN, ARTE.
 1. **SOCIEDAD:**
 - a) Investiga en libros de consulta qué es una utopía.
 - b) Explica por qué la sociedad de Londres reflejada en el texto es utópica.
 - c) Explica por qué la sociedad de Nuevo México es considerada primitiva.
 - d) Explica las clases sociales en el texto: alfas, betas, gammas, deltas y epsilon.
 2. **HISTORIA:**
 - a) Onomasiología: investiga las posibles fuentes históricas de los siguientes nombres: *Bernard Marx*, *Lenina Crown* y *Ford*.
 - b) Determina cómo señalaban la temporalidad, -años, siglos-. Explica por qué.
 - c) Investiga cómo son las reservas indígenas en Estados Unidos en la actualidad y en qué lugares están.
 3. **ECONOMÍA:**
 - a) Explica cómo era su sistema de producción.
 - b) Expresa cuál era la relación entre las clases sociales y la división del trabajo.
 4. **RELIGIÓN:**
 - a) Explica el concepto de Dios en el texto.
 - b) Comenta el concepto de moralidad a través de los personajes, *Lenina Crown* y *John el salvaje*, *Linda* y el padre de *John*.
 5. **ARTE:**
 - a) Expresa cómo se manifestaba el arte en esa sociedad: el cine, la música.
 - b) Explica cuál es la relación entre *John el salvaje* y la literatura.
- III.
 1. **Exposición:**
 2. **Discusión grupal de las respuestas:** argumentar con bases y fundamentos el por qué de sus respuestas.
 3. **Comentario por escrito** que contenga la siguiente estructura: Introducción, desarrollo y conclusión.

Obsérvense los requisitos de presentación señalados en las primeras unidades.